

En el terreno de la guerra, al enemigo hay que imponerse, hay que dominarlo, hay vencerlo, y para ello se tiene que estudiar su manera de ser, su manera de mover sus masas defensivas, su manera de pelear, sin contar con otros factores que no detallo; y como su esencia y manera de ser varía según el clima, el terreno, la raza, la educación y mil y mil causas complejas, la guerra hay que hacérsela, no conforme á un patrón general fijo, sino conforme á los obstáculos que tiene uno que vencer; y aun muchas veces hay que variar de táctica en cuanto se ve que la empleada no sólo no da el resultado buscado, sino que no puede darnos ventaja alguna positiva sobre el contrario.

Fundadas en la teoría de las tácticas, más que en la educación del oficial, están muchas academias militares del mundo, creyendo de buena fe que con la enseñanza en ellas de tal ó cual sistema de guerra se tiene la panacea para vencer á toda clase de contrarios; y hay otras en las cuales se cree que el oficial que no ha *lido*, como dirían los buenos hablistas del siglo de oro de la literatura española, en estas academias no está á la altura de los que en ellas han cursado y no merece figurar en las escalas activas sino en los cuerpos de reserva.

Yo respeto la opinión de todo el mundo, pero creo que la guerra no se enseña ni se aprende, sino que es un arte que va dentro del individuo, y que éste puede perfeccionar más ó menos, según sus conocimientos, y que de ahí puede suceder y sucede, que un oficial muy instruido en artes militares sea una completa nulidad en el campo de operaciones, y en cambio, que un simple soldado, sin más educación que la de su clase, sea más guerrero que el oficial anterior.

Por eso creo que se comete un gran error en el ejército español al excluir de los cuerpos activos á las clases procedentes de tropa, pues, aparte de las razones muy atendibles de sus merecimientos personales, de estas clases han salido, salen y saldrán, no digo los mejores caudillos, sino tan buenos como de las otras, porque el arte de la guerra es un genio regido por la Divinidad, según los antiguos, que lo depositaba en aquellos que tenía á bien para salyar ó engrandecer á los pueblos, y porque además estos caudillos se apropiaban pronto las artes de la guerra, y cuando en los campos de operaciones las necesitan, se los ve por intuición aplicarlas con una seguridad que pasma, aun aquellas que parecen puramente técnicas; aparte de que para ilustrarlos, cuando lo necesitan, están los oficiales de los cuerpos especiales.

No quiero decir con esto que el oficial no sea ilustrado y competente en artes y ciencias militares, crea todo lo contrario, que debe ser instruísimo, pues como dijo el gran escritor español Cer-

vantes, los mejores soldados son los que se trasplatan del campo de las letras al de las armas.

Las guerras se hacen con dinero, dijo ya en su tiempo el célebre guerrillero español Cabrera, y si esto sucedía entonces, no tenemos necesidad de repetirlo ahora, en el cual es el elemento más importante.

Creer que el factor principal de las guerras modernas es el hombre, es un gran error; de los dos elementos de ella, el primero es la máquina, el segundo el individuo.

Máquina y hombre; máquina, lo más perfeccionada posible, lo más mortífera, porque para eso es; hombre, lo más instruido en su manejo, lo más identificado con ella, porque si la máquina es perfecta y el hombre no sabe manejarla, quedan anulados estos dos factores y el vencimiento en la lucha es del enemigo. Se pone en manos del hombre un fusil de repetición; pero, si hacerse pudiera, se le daría una ametralladora á cada uno ó un cañón de tiro rápido; y algo de esto se ensaya en los ejércitos modernos.

Es la acometividad una gran condición del soldado, y sin disputa, el soldado español se distingue por ésto; pero esa acometividad no es necesaria sino para casos especiales, de ahí que el soldado tenga que estar instruido. De algo de esto pueden hablar los oficiales españoles que han estado en las guerras ultramarinas que tan desgraciado fin han tenido para España.

Pues bien, para educar al soldado, para armarlo, en una palabra, para dotar á un ejército de todos los elementos de combate se necesita, como hemos dicho, dinero, y sin él no puede tenerse ejército con arreglo á las exigencias modernas. Pensar que se tiene ejército porque se tengan muchos generales, muchos oficiales y muchos soldados, como opinan algunos en España, es un error grandísimo; antes podía suceder eso, hoy no, por lo que hemos dicho; para tener ejército se necesitan hoy pocos generales, el número suficiente nada más de oficiales que manden á los soldados instruídos que se tengan, y un completo material de guerra, porque sin él no hay ejército.

Como esto supone gasto, España debe emplear en material parte de lo que consume en personal, y para ello tiene que empezar cerrando las academias militares, pues lo que le sobra son oficiales, tiene que reducir la plantilla de activo á lo estrictamente necesario; y el resto de sus generales, jefes y oficiales mandarlos á los cuerpos de reserva con los dos tercios de su paga, y aun á sus casas con este ó menor sueldo, para ir amortizando ese exceso que destruye su poder guerrero; y estos generales, jefes y oficiales deben aceptar ésto, dando con ello una prueba de patriotismo, sin que por eso pierdan nada ni dejen de ser militares, pues